



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

AMOR ENEMIGO

PATRICIA LARA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Fotografía de cubierta: (CC BY 2.0) Martin Hesketh_via_flickr
(CC BY 2.0) NJ_via_flickr.

© 2005, Patricia Lara

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4015-6

ISBN 10: 958-42-4015-3

Primera impresión: julio de 2014

Segunda impresión: febrero de 2016

Tercera impresión: junio de 2017

Cuarta impresión: enero de 2019

Quinta impresión: agosto de 2019

Sexta impresión: febrero de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones De Comunicación S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

PATRICIA LARA (biografía)

Estudió filosofía y letras en la Universidad de los Andes, hizo un posgrado en ciencias de la información en L'Institut Français de Presse de la Universidad de París II y obtuvo la maestría en periodismo en Columbia University, Nueva York. En 1974 fundó, con el expresidente Carlos Lleras Restrepo, el semanario *Nueva Frontera*. Fue corresponsal en Europa, Estados Unidos y América Latina de *Alternativa* y *Proceso* (México), de *El Espectador* y Caracol. Colaboró con *Cromos* y *Latin American News Letter*, así como con *El Tiempo*. En 1993 fundó en Colombia, con el español Juan Tomás de Salas y Daniel Samper Pizano, *Cambio 16*. Fue presidenta de este semanario durante cinco años y luego directora de 1996 a 1998. En 1994 ganó el Premio Nacional de Periodismo CPB con su informe sobre drogas. En 2000 obtuvo el Premio Planeta de Periodismo por su trayectoria profesional y por su libro *Las mujeres en la guerra*. En 2005 publicó *Amor enemigo* y en 2009 *Hilo de sangre azul*.

*En memoria de Gloria Lara,
cuyo secuestro, seguido de su atroz
asesinato, me dejó en el alma este dolor
que me acompañará toda la vida...*

A Carlos y a Jorge...

A María, mi editora, mi consejera, mi niña...

A Federico, mi reportero de apoyo, mi dueño...

«No juzguen —les dijo Jesús— para no ser juzgados. Porque con el criterio con que ustedes juzguen se los juzgará, y la medida con que midan se usará para ustedes. ¿Por qué te fijas en la paja que está en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano».

Mateo 7, 1-5

ÍNDICE

Agradecimientos	15
I.....	17
II	27
III.....	39
IV	51
V	63
VI.....	73
VII	85
VIII.....	97
IX.....	107
X	117
XI.....	127
XII	139

XIII	151
XIV	161
XV	171
XVI	181
XVII	191
XVIII	201
XIX	211
XX	225
XXI	237
XXII	249
XXIII	259
XXIV	269
XXV	279

AGRADECIMIENTOS

Les agradezco a Nina y a Rafa, a Leidy, a Lucero, a Manuel, a Hernán, a Carlos Andrés, a Leonardo, a Jaime, a Alfonso y al Mono, que me hayan dedicado su tiempo y me hayan abierto su corazón para que yo pudiera realizar las entrevistas que me sirvieron de base para construir este libro.

A Élida, a Betty y a La Chave, que me hayan permitido llegar a las fuentes.

A mis amigos curitas, su permanente disposición a ayudarme.

A doña Amelia Beltrán, su paciente labor de desgrabación, y a mis primeros lectores su revisión cuidadosa y sus críticas constructivas.

I

Yo quería llevarme a Pedro. No me sentía capaz de abandonarlo ahí, a merced de los buitres. Lo arrastré, pero no pude moverlo.

«¡Cómo pesa un cadáver!», pensé.

—Déjelo ahí —me ordenó Albeiro, el comandante del frente—. Uno no debe pensar en los muertos sino en los vivos.

No quería abandonarlo... Miraba sus manos largas, morenas; sus dedos delgados, sabios; su cabello liso, azabache; su rostro cubierto en parte por su barba espesa; su boca... Parecía sonreír... Recordé el sabor a tabaco de sus besos y la respuesta que me dio la noche anterior, cuando después de hacer el amor le pregunté por qué estaba metido en esta beraca guerra.

—Por dignidad —me contestó.

—En cambio, yo voy a la toma de Arrecifes sólo para ver tu sonrisa mañana, cuando salga el Sol —le respondí.

Pedro parecía dormido. Únicamente el hilo de sangre que descendía de su quijada y le empapaba la camiseta verde oliva hacía pensar que estaba muerto.

Los compañeros me pedían a gritos que le apurara. Yo continuaba intentando arrastrar su cadáver... hasta que Olga me abrazó y me insistió en que debíamos irnos. Entonces me

di cuenta de que ya no podía seguir llorando aferrada a su cuerpo porque el enemigo iba a llegar y me mataría... En el fondo, yo buscaba que eso sucediera: deseaba marcharme de este planeta pues mi vida, sin Pedro, carecía de sentido...

(Pedro, ¿por qué no me llevas contigo y me ayudas a acabar de una vez con este valle de lágrimas? ¡Pedro, si aún pudiera mirar tus ojos negros, escuchar tus canciones y tu guitarra, oír tu carcajada, contagiarme de tu alegría, robarte un poco de tu pasión por la vida, meterme entre tus brazos y apretarme contra ti! ¿Por qué te moriste y me dejaste sola en esta tierra que no me gusta? ¿Por qué me abandonaste si me habías prometido que jamás lo harías?)

Eran las siete de la mañana. Iniciamos la marcha hacia la cordillera. Se desató un aguacero. Los rayos iluminaban la oscuridad de la selva. Tronaba... Era como si Dios también estuviera despidiendo a Pedro...

Mientras me abría paso por entre la selva y luchaba contra el camino anegado en barro que me hacía hundir hasta las rodillas, recordaba la noche anterior, las caricias de Pedro, sus besos, su sonrisa de alegría, su promesa de que nunca me dejaría... Luego la escena final desfilaba por mi mente, como una película macabra que regresaba sin parar: Pedro al mando de la toma en una calle de Arrecifes, adyacente al cuartel de policía, dando órdenes mientras yo, en medio de una lluvia de balas, trataba de lanzar contra la edificación una bomba que cayó junto a la reja de la iglesia y que si hubiera estallado habría matado a las setenta personas que rezaban adentro... Olga, obedeciendo la señal que le hizo Pedro, botaba desde la colina que terminaba junto a la estación un cilindro de gas que explotó y acabó con gran parte del cuartel y de sus policías,

mientras yo me tapaba los oídos para protegerme del estallido y los demás compañeros se arrastraban y disparaban desde las cuatro esquinas de la plaza con el fin de cercar el cuartel por todos sus flancos... Albeiro, sonriente, observaba sobre un alto cercano la columna de humo que se alzaba hacia el cielo, producida por la explosión del cilindro de gas lanzado por Olga y por la propagación del incendio que en un instante devoraba la estación de policía. Pedro, sonriente, llegaba a recogerme, me tomaba de la mano y salíamos juntos en retirada, cuando de pronto sonaba un tiro cercano y yo sentía que su mano abandonaba la mía y lo veía caer con la quijada ensangrentada... Después me veía disparando enloquecida, gritando:

—¡Pedro, tú no puedes morirte, tú no puedes dejarme!

Luego me observaba intentando arrastrar su cadáver hasta que llegaba Olga y me obligaba a abandonarlo y otra vez volvía a ver a Pedro comandando la toma y de nuevo se sucedía esa secuencia de imágenes, y así una vez más, y otra...

De pronto me acordé de mi hermana Milena, quien hacía cuatro años se había fugado de la casa con el novio y se había ido a vivir a Arrecifes. Pensé que, con lo rezandera que era, ella habría podido ser una de las setenta personas que se encontraban en la iglesia donde estuvo a punto de estallar la bomba que yo lancé. Me dio terror creer que yo habría podido matar a Milena y acabar con la vida de mi hermana más cercana, la única que me quiso y me acompañó en esos años de infancia en los que de mi mamá sólo recibí golpes... Sentí escalofrío... Pensé entonces en Eligio, en Mario, en María Mercedes, en El Viejo, en Lucy, en Álvaro, en Alejandro, en Rodrigo, en Luis Guillermo, en El Negro, en Luisito, en Luis Carlos, en Jaime, en Olguita, en Gloria, en El Flaco, en tantos amigos míos que hoy están muertos... Me di cuenta de que ya

no me sentía capaz de sobrevivir a otro duelo... Pero además me percaté de que era poco probable que tuviera que soportar uno más porque mis amigos cercanos ya se habían marchado de este mundo.

Entonces me asaltaron unas ganas irreprimibles de buscar a Milena, de abrazarla, de volver a hablar con ella antes de que se muriera o de que me mataran.

—Quiero volver a Arrecifes a visitar a mi hermana —le dije sin pensar a Albeiro—. ¿Puedo ir, comandante?

—¿Usted me cree imbécil, Petra? —me respondió enfurecido.

—Le juro que dentro de una semana vuelvo.

—No, yo estoy seguro de que usted no regresa. Por eso no la dejo ir. Más bien siga con nosotros y no piense en maricadas —concluyó.

Sentí ira, ganas de insultar a Albeiro, de golpearlo, de vengarme de él, cuando de pronto vi a una pareja de turpiales que, sobre la rama de una ceiba, se picoteaban una y otra vez.

«Así debería ser la vida», pensé... «Un camino sembrado de amor, no de dolor y de muerte...».

Entonces, por primera vez, me pasó por la cabeza la idea de fugarme de la guerrilla. Ya no aguantaba más dolor... Estaba dispuesta a correr cualquier riesgo con tal de huir de ese carrusel de la muerte en el que en un momento estás feliz, al lado del hombre que amas, o junto a tus amigos, y en el instante siguiente sientes que se te desgarran el alma porque el enemigo los mató sin saber a qué horas ni por qué... Entonces te encuentras ante sus cuerpos inertes, sin que puedas darles siquiera cristiana sepultura...

—¡No más! —grité sin darme cuenta, mientras continuaba la marcha.

—¿No más qué, Petra? —me preguntó Albeiro, quien iba unos metros adelante.

—¡No más muertes inútiles! —le contesté.

—Camarada —dijo él—, yo comprendo su estado de ánimo, pero tiene que entender que estamos luchando por construir un país más justo, donde no haya hambre, donde los niños no se queden sin escuela, donde la gente no se muera porque no puede pagar un médico, donde nuestros hijos tengan un futuro mejor... Para lograr esas conquistas debemos tomarnos el poder. Y para conseguir ese sueño habrá guerra, y muertos, y dolor. Pero al final obtendremos la victoria... ¡Patria o muerte...!

Guardé silencio... Recordé el reguero de cadáveres de compañeros caídos en busca de un ideal que parecía no llegar nunca. Pensé en Pedro...

—¡Patria o muerte! —insistió Albeiro.

No respondí...

—¡Patria o muerte! —gritó.

—Venceremos —contesté sin convicción mientras me percaté de que ya estaba harta de la patria y de la muerte, que lo que anhelaba era la vida, que si Pedro había sido tan tonto como para dejarse matar, o tan digno, como habría dicho él, yo sí no iba a ser tan estúpida de correr su misma suerte.

Sí, ahora sólo quería vivir, vivir no más, vivir y encontrar de pronto, por qué no, un hombre que se hiciera cargo de mí, con el que pudiera tener el hijo que los camaradas no me dejaron traer al mundo porque había contrariado las leyes de la guerrilla al haber quedado embarazada de Pedro.

(¿Cómo habrías sido tú, niño mío? ¿De qué color habrían sido tus ojitos? Seguramente negros, como los de tu papá, o verdes, como los míos... Si me hubieran dejado traerte al mundo ya tendrías dos añitos, ya caminarías, ya corretearías por ahí, y yo me la pasaría contigo... Si te hubieran dejado nacer, no me habría

quedado tan sola ahora que Pedro se marchó... Sin embargo, no fue así. Cuando Pedro le dijo a Albeiro que te estaba esperando, se enfureció y me ordenó sacarte de dentro de mí.

—Pero si yo quiero tener el niño —le contesté.

—Usted bien sabe, camarada, que eso aquí no está permitido; mañana mismo el médico le practicará el aborto —respondió.

Pedro le rogó que le aplicara a él todas las sanciones, con tal que te permitiera nacer. Tu padre le prometió que te mandaríamos donde su hermana y que ella se encargaría de ti, pero nada hizo cambiar la decisión de Albeiro... Me invadió la ira. Tenía ganas de matarlo... Al día siguiente me llevaron a un hospital... Me durmieron... Cuando desperté, sentí mucho dolor... Quería gritar de rabia... Ya te habían matado, niño mío... Sólo te habían dejado vivir dos meses dentro de mí... Me desmoralicé... Ya no quería saber más de la guerrilla ni de sus sueños de llegar al poder. Yo sólo deseaba tenerte a ti... Pedro me decía que debíamos entender que era muy difícil permitir que hubiera niños en la guerrilla, que por eso las reglas eran tan estrictas. Y me consolaba diciéndome que algún día, cuando triunfáramos, podríamos tener otro hijo. Como si el triunfo estuviera tan cerca, como si alguien, por más hijo que fuera, pudiera remplazarte a ti, mi niño...)

Cuando llevábamos ocho horas de marcha encontramos una meseta cubierta de selva espesa, donde nos sentimos a salvo de los helicópteros. Albeiro ordenó que nos detuviéramos y armáramos ahí el campamento. Para entonces yo ya había dejado de llorar. No obstante, la tristeza se me metía cada vez más adentro... Olga me consolaba:

—Algún día se te pasará la pena, Petra —me decía, mientras me abrazaba y me acariciaba la cabeza.

Yo sólo quería desaparecer, huir, llegar a un lugar donde nadie me conociera, donde pudiera empezar de nuevo a vivir, lejos de la guerra... No quería ver más muertos...

No quería volver a matar...

Recuerdo al primer hombre que maté... Cuando lo hice, tenía trece años. Hacía apenas dos meses que yo había ingresado a la guerrilla. Él era un muchacho de unos quince años, trigueño, de ojos negros y grandes. Pertenecía a una banda de cinco ladrones de ganado y de gallinas. Albeiro nos dio la orden de que los ajusticiáramos.

Fuimos a donde nos habían informado que se encontraban los rateros. Era una casa grande, a orillas de la quebrada de La Madre. Golpeamos... Cuando abrieron la puerta los encañonamos, los llevamos a un potrero y los obligamos a tenderse.

—¡No nos maten! —gritaban.

—¡Ustedes son unos ladrones que le están haciendo mal a la gente, y usted es un expresidiario que acaba de pagar condena por asesinato! —les dijo Albeiro y señaló a uno de ellos.

Yo tenía un revólver. No quería dispararlo... Me alejé para ver si Albeiro se olvidaba de mí. Pero no...

—Petra, hágale —me ordenó—. Éste es su bautizo... La primera vez le impresiona, pero la segunda ya no le cuesta trabajo.

Cerré los ojos... «Que sea como Dios quiera», pensé... Apreté el gatillo y disparé tres veces... Cuando volví a mirar, vi que la cabeza del muchacho había estallado.

Duré una semana sin dormir: me sorprendían las madrugada pensando en que yo le había quitado la vida a ese hombre cuando Dios es el único que tiene el derecho de dar o de suprimir la vida... Aún ahora me sueño con ese rostro

ensangrentado del que sobresalen unos ojos negros y enormes que me miran fijamente...

Albeiro me felicitó, le ordenó a Olga que le apuntara a la muchacha que estaba con ellos y él les disparó a los otros tres... Dejamos a los cinco muertos ahí y fuimos hasta una casa cercana. Golpeamos. Nos abrió un campesino de ojos claros. Albeiro le pidió que nos regalara algo para beber y le dijo:

—¡Ya los libramos de esos ladrones!

El tipo se alegró, nos hizo seguir, nos ofreció jugo de mango, llamó a la mujer y le contó. Luego, la noticia se regó como pólvora por el vecindario. Entonces empezaron a regalarnos huevos y gallinas y a decirnos que gracias a nosotros había vuelto la tranquilidad a las veredas cercanas a la quebrada de La Madre.

La segunda vez que maté ya no sentí nada... Fue cuando Albeiro me ordenó ajusticiar a un camarada al que habíamos condenado en un consejo de guerra porque descubrimos que era un infiltrado del ejército. Todos, salvo el compañero que estaba haciendo de abogado defensor, votamos para que lo fusilaran porque, por una delación suya, el enemigo había capturado a cinco camaradas. Uno de ellos fue Alejandro, mi mejor amigo en la guerrilla: a Alejo lo cogieron, lo llevaron a un cuartel y ahí lo torturaron hasta que se les murió.

Cuando terminamos de armar el campamento, Albeiro nos reunió.

—La toma de Arrecifes ha sido la acción más exitosa de las realizadas por nuestro frente —dijo—. Le ocasionamos cuarenta y cinco bajas al enemigo, recuperamos el mismo número de fusiles Galil, proveedores y munición abundante... En cambio nosotros no perdimos ni un fusil y sólo tuvimos una

baja, lamentable, la del camarada Pedro, pero fue una baja no más... Por eso esta noche celebraremos nuestro triunfo...

Comencé a llorar de nuevo... No podía entender que la guerrilla hiciera fiesta cuando acababan de matar a Pedro y yo sentía que me partía por dentro... Hablé con Albeiro. Le pedí que me disculpara de asistir a la rumba y me ofrecí para prestar la guardia. Él estuvo de acuerdo...

A las seis de la tarde empezaron a sonar los vallenatos y la música norteña. Albeiro destapó dos botellas de aguardiente que rotaron de mano en mano. Se inició el baile. Se prendió la fiesta...

Me fui para el puesto de guardia. Quería beber hasta perder la conciencia, pero no podía hacerlo porque si me pescaban borracha prestando guardia, me hacían consejo de guerra y con seguridad me fusilaban.

La Luna llena iluminaba la noche... Se escuchaba el croar de las ranas y el chirrido de las chicharras. Las luciérnagas titilaban aquí y allá.

De pronto oí que algo se deslizaba sobre el rastrojo. Alumbré con la linterna y vi, muy cerca de mí, enroscada, a una boa enorme... A su lado había un venado descuartizado... Seguramente lo había devorado... Sentí pánico. Siempre les había tenido terror a las culebras. Comencé a correr...

Entonces me di cuenta de que esa era mi oportunidad de huir: los guerrilleros se encontraban de fiesta, la noche estaba clara...